

San Atanasio de Alejandría. Breve presentación del autor y su obra. Principales aspectos de su enseñanza. La defensa de la fe contra los arrianos. La doctrina de la encarnación del Logos y su aplicación soteriológica. La doctrina del Espíritu Santo. La *Vita Antonii* y su influencia en la historia de la hagiografía y espiritualidad.

San Atanasio de Alejandría fue, sin duda, uno de los grandes Padres de la Iglesia antigua. Como recuerda el Papa Benedicto XVI «no es casualidad que Gian Lorenzo Bernini colocara su estatua entre las de los cuatro santos doctores de la Iglesia oriental y occidental – juntamente con san Ambrosio, san Juan Crisóstomo y san Agustín–, que en el maravilloso ábside de la basílica vaticana rodean la Cátedra de san Pedro» (Benedicto XVI, *Los Padres de la Iglesia, Audiencia general*, 20/06/2007).

Atanasio nace en Alejandría alrededor del año 295 de padres paganos. Siendo ya diácono acompañó al obispo Alejandro de Alejandría, en calidad de Secretario, al concilio de Nicea (325). En las discusiones conciliares se mostró especialmente combativo contra las tesis de Arrio.

Como es bien sabido, Arrio era un presbítero de Alejandría que llegó a declarar que el *Logos* no era verdadero Dios, sino un Dios creado, un ser “intermedio” entre Dios y el hombre. Latía, en el fondo, la idea pagana del *demiurgo* que tuvo tanto influjo en los gnósticos alejandrinos. Los obispos reunidos en Nicea respondieron con la redacción del *Símbolo de la fe* que lleva el nombre de Nicea y que luego recibirá una formulación definitiva en el primer concilio de Constantinopla.

En ese texto del Símbolo hay una palabra clave, que es *homoiousios*, en latín *consubstantialis*, que indica que el *Logos*, es decir, el Hijo es “de la misma naturaleza” del Padre. Por tanto, se subraya la plena divinidad del Hijo de Dios.

Cuando muere el obispo Alejandro de Alejandría en el año 328 es elegido san Atanasio como su sucesor. Desde los comienzos de su episcopado tuvo una decidida actuación a favor de Nicea y de condena del arrianismo. Aunque el resultado inequívoco del concilio niceno no ofrecía ningún tipo de dudas, los partidarios de Arrio recurrieron a todo tipo de acusaciones y calumnias contra Atanasio, y lograron que un sínodo de Tiro del 335 decretase su deposición de la sede alejandrina. El emperador aceptó ese decreto y ordenó su destierro a Tréveris. El emperador Constantino y después su hijo Constancio II le concedían más importancia a la unidad del Imperio que a la verdad teológica. En definitiva, querían politizar la fe.

A pesar del concilio de Nicea, la crisis arriana se extendió a lo largo de varias décadas. Si nos centramos en la figura de Atanasio, durante treinta años tuvo que abandonar su sede alejandrina en cinco ocasiones. Pero, como no hay mal que por bien no venga, los destierros de Atanasio le sirvieron para difundir en Occidente, primero en Tréveris y luego en Roma la fe de Nicea y el monacato naciente en Egipto de san Antonio abad. Él se hacía acompañar por dos monjes egipcios. Sufrió el destierro en cinco ocasiones. Al volver de su último exilio, dedicó su acción pastoral a la pacificación religiosa y a la reorganización de las comunidades cristianas. Murió el 2 de mayo del 373, día en que se celebra su memoria litúrgica.

Obras

Su producción literaria es un fiel reflejo de su vida como pastor y defensor de la fe proclamada en el concilio de Nicea. La obra doctrinal más famosa del santo obispo de Alejandría es su tratado *Sobre la encarnación del Verbo*, donde trata del *Logos* divino hecho hombre por nuestra salvación. En este escrito encontramos una frase que se ha hecho célebre:

«el Verbo de Dios se hizo hombre para que nosotros llegáramos a ser Dios; se hizo visible corporalmente para que nosotros tuviéramos una idea del Padre invisible, y soportó la violencia de los hombres para que nosotros heredáramos la incorruptibilidad¹». Con su resurrección, el Señor destruyó la muerte como si fuera «paja en el fuego»². La tesis fundamental de su lucha teológica contra el arrianismo era justamente la de que Dios es accesible. Los arrianos precisamente señalaban la trascendencia divina, que hacía a Dios un ser incomunicable. Esto era consecuencia de los filósofos paganos que afirmaban la incomunicabilidad de Dios.

De sus escritos exegéticos sólo se han conservado algunos fragmentos que se han recogido en las *catenae*. El mayor número de ellos corresponde a las *Expositiones in psalmos*. A partir de estos fragmentos conservados podemos deducir que la exégesis preferente de Atanasio es de carácter alegórico y tipológico, como corresponde a un buen representante de la Escuela alejandrina.

Según nos atestigua Jerónimo (*De vir. ill.*, 87), Atanasio es autor de un tratado *Sobre la virginidad*, que tuvo un considerable influjo en la literatura ascética posterior. Muy relacionada con esta obra se puede considerar su *Epístola a las vírgenes*, publicada parcialmente por Lefort a partir de una traducción copta. Fue utilizada por S. Ambrosio en su tratado *De virginibus* y por Shenute de Atripe.

Entre las obras ascéticas sobresale la *Vita Antonii*, compuesta en el año 357, a petición de los monjes de Egipto, que deseaban conocer el ascetismo de S. Antonio, fundador del eremitismo. No es una biografía al estilo de lo que en la actualidad consideramos este género narrativo. Se trata más bien de una semblanza, que inaugura una modalidad literaria: la hagiografía monástica. San Atanasio fue amigo del gran eremita, hasta el punto que recibió una de las dos pieles de oveja que dejó san Antonio como herencia junto con el manto que el mismo obispo de Alejandría le había regalado. La *Vita Antonii* constituye un auténtico *best seller* de la antigua literatura cristiana. Se tradujo dos veces al latín y luego a varias lenguas orientales. Contribuyó decisivamente a la difusión del monacato tanto en Oriente como en Occidente. La ejemplaridad de la vida de san Antonio es puesta de relieve por san Atanasio cuando escribe: «El hecho de que llegó a ser famoso en todas partes, de que encontró admiración universal y de que su pérdida fue sentida aun por gente que nunca lo vio, subraya su virtud y el amor que Dios le tenía. Antonio ganó renombre no por sus escritos ni por la sabiduría de sus palabras ni por ninguna otra cosa, sino sólo por su servicio a Dios. Y nadie puede negar que esto es un don de Dios. ¿Cómo explicar, en efecto, que este hombre, que vivió escondido en la montaña, fuera conocido en Hispania y Galia, en Roma y África, sino por Dios, que en todas partes da a conocer a los suyos, y que, más aún, le había anunciado esto a Antonio desde el principio?»³.

Entre las restantes obras atanasianas hemos de destacar su epistolario, dentro del cual podemos citar las cuatro cartas que dirigió a su amigo Serapión, obispo de Thmuis, sobre la divinidad del Espíritu Santo. También merecieron un gran aprecio las llamadas *epistulae festales* de Atanasio. Estas eran cartas enviadas por los obispos de Alejandría al comienzo de la cuaresma a los obispos sufragáneos de la metrópoli alejandrina para señalar la fecha exacta de la Pascua. De las treinta cartas que escribió, tal vez la 39 sea la más famosa. Corresponde al año 367, y en ella aparece por vez primera el canon escriturístico del Nuevo Testamento en 27 libros.

Aspectos doctrinales de su enseñanza

¹ Atanasio, *SOBRE LA ENCARNACIÓN DEL VERBO*, 54, 3.

² *IBID.*, 8, 4.

³ Atanasio, *VITA ANTONII*, 93, 5-6.

Su exposición del dogma trinitario ha sido muy clarificadora. En polémica con los arrianos, que entendían a Dios como un ser esencialmente trascendente e incommunicable, que necesitaba de un ser intermedio para la creación del mundo material, Atanasio defiende la existencia del *Logos* junto al Padre independientemente de la creación del universo (*Contra Arian. oratio*, II, 30-31). Esto no es obstáculo para que considere que Dios haya creado todo por medio del Verbo, pero sin que esta acción creadora comporte una inferioridad o subordinación. Cristo, por otra parte, es verdadero Hijo de Dios, generado de la misma sustancia del Padre por naturaleza. A partir de estos presupuestos sale al paso de las objeciones arrianas. Los seguidores de Arrio pensaban que toda generación comportaba una alteración o división en el que generaba. Atanasio les responde que en el Padre la generación del Hijo es eterna, pues en Dios no hay un antes o un después y, por consiguiente, no cabe una comparación con la generación humana. Otra objeción arriana se basaba en que toda generación tiene lugar por voluntad o necesidad y, esto, aplicado a Dios suponía imponer ciertos límites a Dios. Contestaba Atanasio diciendo que en Dios la generación del Verbo está fuera y por encima de la necesidad o de la voluntad, ya que se realiza por naturaleza.

La doctrina del Espíritu Santo aparece bastante elaborada en las *Epistulae ad Serapionem*. En una de ellas declara que «El Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo» (*Ep. ad Ser.*, II, 1), y contemplará al Espíritu Santo como dado por el Hijo a la Iglesia. Es el mismo Espíritu que habla en las Escrituras e inspira a los santos. La divinidad del Espíritu Santo queda muy bien justificada desde el punto de vista de la divinización del hombre: «Si nosotros nos hacemos partícipes de la divina naturaleza (2 Pet 1, 4) por comunicación del Espíritu, sería insensato quien afirmara que el Espíritu tiene una naturaleza creada y no la naturaleza de Dios. Pues es por Él por quien son divinizados precisamente aquellos en quien está Él. Si Él diviniza, no cabe duda que su naturaleza es divina» (*Ep. ad Ser.*, I, 23-24).

Su cristología, como afirma el prof. Stead presenta al *Logos* divino en tres ámbitos: en el primero, Él está eternamente unido al Padre; en el segundo, gobierna al mundo que ha creado, como *Logos*; en tercer lugar, cuando llegó el tiempo oportuno, nació como hombre y se unió a nuestra estirpe. Gracias a la encarnación del Verbo podemos salvarnos. Cuando el *Logos* asumió la naturaleza humana deificó a la humanidad. Se puede decir que la encarnación misma es ya un acto salvífico, puesto que desde el momento que el Verbo se ha unido a nuestra carne la ha santificado, la ha curado. Uno de los efectos soteriológicos de la redención conseguida por Cristo, es sin duda, su triunfo sobre la muerte, que nos libera también a nosotros de su tiranía (*De inc. Verbi*, VI, 27).

Domingo Ramos-Lisson